

absolutamente adherida, según pretendéis establecerlo, la desdicha y la desventura, así como nadie puede culparse sino á sí mismo cuando por escoger mal un negocio pierde sus intereses. Pero direis que no precisamente á la union de lo masculino con lo femenino, aceptando vuestro lenguaje, achacais el motivo de todos los males, sino á la indisolubilidad del matrimonio.

Verdad es en ciertos casos. Si Dionisia, por incompatibilidad de carácter, hubiera podido divorciarse, quizás no se habrían ocupado los tribunales de su adulterio. Pero en otros casos puede ser un mal; y en la sensatez del legislador está el elegir entre lo que de una manera ha de producir inconvenientes, y de otra manera también aquello que los ofrezca en menor número y en ménos ocasiones. Volveremos á esta cuestion, y sigamos el relato.

Van los esposos á pasar el invierno en París, donde Dionisia promueve una reyerta diaria, y en Febrero de 1870, á los seis meses de matrimonio, se marchan á Ginebra. ¿Por qué? En este período hay bastante oscuridad, y de los debates que tuvieron lugar ante el Tribunal de París, sólo se desprende que el escándalo dado en Suiza fué muy grande. Ello es que hubo necesidad de pedir autorizacion á la familia para que la esposa entrase en una casa de salud. Estaba, pues, enferma. ¿Qué padecía? Imposible arrancar del marido una sola palabra. Hé aquí

la parte de los debates judiciales á este asunto relativos:

» *El presidente del Jurado* (al acusado du Bourg).
¿Vuestra mujer estaba por consiguiente enferma?

» *El acusado*.—Si señor, padecía mucho de una afeccion nerviosa.

» *El presidente*.—No me satisface esa explicacion de enfermedad nerviosa.

» *El acusado* (muy conmovido).—Suplico, señor presidente, que no me obligueis á decir más.

» *El presidente*.—¿Luego conociais el estado de vuestra mujer?

» *El acusado*.—No, no lo conocia.

» *El presidente*.—Ya llegareis á decirlo todo.

» *El acusado*.—Yo no creia en la enfermedad de mi mujer, ni lo creo aún; mas, por Dios, dejadme respetar su memoria.

» *El presidente*.—Cumplimos con un deber, y hay hechos ante los cuales es necesario bajar la cabeza.

» *El acusado*.—No tengo por qué bajarla.

» *El presidente*.—En fin, señores jurados, tendreis presente que la señora de du Bourg se puso enferma. ¿Qué enfermedad era esa? Podeis hacer todo género de suposiciones. ¿Quería marcharse vuestra esposa de Ginebra?

» *El acusado*.—No al pronto; pero como yo debía evitarle emociones, me retiré. Por otro lado, me llamaban á Francia mis deberes de ciudadano.»

En efecto, el señor du Bourg, al estallar la guerra franco-prusiana, dejó á su mujer en Ginebra y se marchó al ejército del Loira, donde le dieron el grado de capitán.

Veamos ahora más confirmada la lucha de la mujer entre sus deberes y sus inclinaciones. Estudiemos lo eminentemente contradictorio de su correspondencia.

En 7 de Julio de 1870 escribia á su marido lo siguiente:

«Arturo:

»Ló que escribo me arranca lágrimas, las más amargas que haya podido derramar una mujer; pero no puedo más: cuando os concedi mi mano, esperé con sinceridad poderos dar también algún día mi corazón; pero cuanto más corre el tiempo, más imposible se me hace la existencia: la vida es un infierno entre dos que no se entienden, y la cosa más mínima es motivo de reyertas, escándalos y dolor; siempre habeis sido bueno para mí; padeceis por mi carácter; en una palabra, vuestra vida ligada con la mia es desgraciada. Pues bien..... cosa dura es..... pero si todavía me amais, si no quereis mi perdición, porque mi cabeza es tan viva que seré capaz de todo, dejadme existir sola y honradamente. Mi educación y mis principios os servirán de garantía.

»Separémonos, Arturo, porque el odio nace del

desprecio. Separémonos sin rencor y vivamos léjos uno de otro. Nos quedará la adversidad; pero más vale padecer aparte que juntos.

»Si la idea de Dios os mueve todavía como á mí, le pedireis que se lleve de aquí á la que os habrá hecho desgraciado, y le perdonareis, ¿no es verdad?

»Cuento en vida y en muerte con vuestra oferta. Sois libre.

»Una palabra más. Os juro, Arturo, que he tomado una terrible decision; y si no quereis que vuestro apellido quede para siempre infamado, por la amistad que me habeis profesado, no dejeis que llegue el escándalo, y concededme el vivir sola y separada para siempre.

»No olvideis, si me dais vuestra palabra, que contaré con ella y os creeré incapaz de dejaros influir por nadie en el mundo.»

Pues bien, esta mujer que tales amenazas escribia, que pedia la separacion, téngase esto muy en cuenta, no sólo ya no queria separarse más tarde, sino que escribia ella misma á su marido, pidiéndole que volviera á su lado, en los términos siguientes:

«¡Por el amor de mí, ven! ¡ven! ¡ven á abrazarme si puedes hacerlo sin compromiso!

»¡Pobre querido mio!

»¡Ven! ¡ven! ¡te estoy aguardando!

»¡Vuestra carta me ha conmovido! ¡Y decir que tiene la culpa de ello la que yo te he escrito en un momento de tristeza! ¡Cuánto lo siento! ¡Quisiera quemarla! ¡Perdóname! ¡Era tanto lo que yo sufría! ¡Estaba tan triste!

»Me desesperaré si no os llega ántes de vuestra partida una palabra mia de ternura; por eso escribo la misma carta á París y á Launay. Por favor, querido amigo mio, no os espongaís..... ¡Qué sería de mí si algo os sucediera! Lloro al escribiros. ¡Qué sería de mí! En un caso así, yo no volvería jamás á vivir con mi familia, y tan sólo concedería todo mi cariño á vuestra madre..... ¡Oh! Estarás anhelando que yo desee reunirme con ellos en Launay cuando sea posible. ¡No sé qué deciros, pobre querido mio!.... ¡Vuestra carta ha partido y anonadado mi corazón!

»Correis á las balas con el corazón herido, y ¡ay!... ¡no nos hemos abrazado! ¡Deseo el más tierno de vuestros besos, pobre amigo! ¡Perdonadme, querido mio, todas las pesadumbres que os he causado! ¡Quisiera veros y manifestaros mi sentimiento! ¡No tengo valor para orar, cuando todo parece abandonarme!

»Llevo tres ó cuatro meses de embarazo. ¿Saldré bien? ¡La guerra lo decidirá!

»Hasta la vista, querido mio. ¡Perdon!

»¡Amadme con toda vuestra alma! ¡porque yo os amo, yo os amo!

»¡Escribidme, por favor, ó me matareis!

»No quieras mal, pobre amigo mio, á la que te lo haría todo olvidar con sus lágrimas. Di en Villiers todo cuanto quieras. Ya sabes que no quiero ir allá.

»*Tu pobre DIONISIA, muy afectada.*

»Hablad lo ménos posible, por amor de mí, en Villiers de lo que nos concierne. Guardad el secreto..... por mí.....»

Poco despues escribia Dionisia á sus padres lo siguiente:

«TOURS 11 de Diciembre.

»Mi querido padre.

»Mi querida madre.

»¡Para escribiros aguardaba noticias recientes de mi querido Arturo! ¡Cuántas horas mortales y dolorosas he pasado entre tanto, porque se ha batido durante dos dias y medio sin descanso á tres horas de Tours! (entre Beaugency y Mer). ¡El choque ha sido terrible, pero Dios ha conservado á nuestro querido Arturo! ¡Y cuántas gracias le doy!.... ¡Yo habia comulgado sin saber que se estaba batiendo los dias 7 y 8, y habia rezado mucho! Despues, todo el dia 10 se ha pasado sin saber una palabra..... Estaba ya destrozada y falta de valor..... La noche

sobre todo me pareció horrible. ¡Abrigaba yo muy negras ideas y muy espantosas aprensiones, y eso que me parecía imposible que Dios se le llevara!....

»¡En fin, ayer á las seis he tenido noticias tuyas!

»Un oficial (Mr. Puysegur) lo habia visto algunas horas ántes. Estaba buenísimo. ¡Ni un rasguño! Los prusianos eran 25.000.

»Demos juntos gracias á Dios, queridos padres.

DIONISIA.»

En otra comunicacion, escrita á su padre ántes de las anteriores, se quejaba de que sus hermanas le mortificasen con cartas en que pretendian mezclarse en lo que no les importaba.

«Sina y Julia, decia, por su propia inspiracion ó por la de la señora almiranta, me fastidian con sus cuestiones hablándome del dinero de los demás, y me hacen desear ver sus cartas á cien leguas de mí.... Además, hacen alusiones á mi calaverada, etc.... Pues bien, si no me hubiesen atontado la cabeza, yo no la hubiera hecho.... Por consiguiente, de una vez para siempre, que mis hermanas, tias, cuñados me dejen en paz.... Arturo sigue bien. Es muy bueno; debe escribiros mañana.

»Amadme, porque os amo, y aunque atolondrada y mala tengo un corazon afectuoso y reconocido.»

Y ahora, conozcamos tambien al marido por sus escritos. En la prevision de que pudiera morir en la guerra, habia escrito la siguiente carta-testamento:

«*Mi querida Dionisia:*

»Escribo estas líneas, tal vez las últimas, con la muerte en el alma; no tengo noticias vuestras, y quizás no las volvereis á tener mias.

»No os diré que tengo presentimientos; no creo en ellos desde que conozco los vuestros.

»¡Habia yo creído al principio que sólo era una niñada de vuestra parte; pero os empeñais en ello, y es una idea fija!

»No morireis dando la vida á vuestro hijo; vivireis para él; yo lo quiero, y no digo por mí, porque no sé si podré aprovecharlo, pero por lo que debeis á mi familia, que no tenía más hijo que yo. Hareis lo que dependa de vos para hacerla feliz. Hallareis una gran satisfaccion en el cumplimiento de vuestro deber. No los abandonareis nunca. Vivireis siempre en Launay.

»Deseo, si tal es vuestra voluntad, que halleis alguno que sea digno de vos y proteja á vuestro hijo. Quizá algun dia nos encontremos, y os daré gracias por haber cumplido exactamente mis últimas voluntades.

»Dandoos todo lo que puedo daros, no me refiero sólo á este corazon que siempre ha sido vues-

tro, os envío mi bendición y os aseguro el perdón más completo.

»Tened fortaleza y sed buena. Recordad que se necesitan ambas cosas para ser feliz.

»No me queráis mal si algún disgusto haya podido daros, porque puedo decir que ha sido siempre sin quererlo.

»No tengáis nunca rencor hacia vuestra familia, que tanto os quiere. Haced felices á todos los que os rodean, y guardad el recuerdo del último beso de vuestro

ARTURO.»

La guerra franco-prusiana terminó sin desgracia para Arturo du Bourg; pero tan achacoso había quedado y tan lleno de reumatismos, que su mujer al verle volvió á su antigua indiferencia.

Se fueron ambos esposos á Launay, posesión de du Bourg, y allí, en Marzo de 1871, dió á luz Dionisia un niño, quedando enferma á consecuencia del parto, si bien el marido quiso dar á entender ante el Tribunal que la enfermedad había sido un pretexto para conseguir su esposa que la llevaran á París.

Se marcharon, pues, abandonando una residencia propia donde tenían todas las comodidades, y se establecieron en París en la calle de Miromesnil, número 45, desde donde se trasladaron á la de la Arcade.

Allí, las reyertas y los alborotos fueron casi diarios. Dionisia decía de su marido que fumaba demasiado, que era feo, y animal además.

Mr. Leroy du Bourg tenía que dejar sola á su mujer en París cuando le llamaban los asuntos á su casa de Normandía, y estas ausencias llegaron á prolongarse algunas veces bastantes días.

Por último, en el mes de Marzo de 1872 quedó decidido el regreso á Normandía, y aquí es cuando adquieren extraordinaria rapidez los sucesos que al siguiente mes debían producir la muerte de Dionisia.

La mujer, con un pretexto ó con otro, dilata el regreso. El marido, que ya se había despedido de la habitación que ocupaba, va con su esposa á vivir en casa de una antigua conocida suya, Mme. de Boos, cuyo aposento es muy reducido. Dionisia no concluye de hacer las compras que necesita antes de marcharse, y de esta suerte el viaje se va de día en día aplazando indefinidamente.

El día 5 de Abril vemos ya demostrada claramente la aparición de Precorbin en la escena, aquel Precorbin con quien debió haber proyectos de casamiento, y que por carecer de recursos no fué aceptable para la familia.

Había aquella noche reunión en casa del doctor Davet de Bennery, médico de los esposos du Bourg. Allí bailó Dionisia con Precorbin; se marcharon después juntos en un coche, acompañados por la madre

del galán, y quedaron concertados para verse al día siguiente. Ella misma, la mujer de du Bourg, va á buscar á Precorbin á la salida de la oficina. De la causa no resultan relaciones anteriores; ¿pero sería casual el encuentro de Precorbin con Dionisia? ¿Es creíble que una mujer, no siendo una desenfadada cortesana, acepte inmediatamente, sin precedente ninguno, y aún sin ser casada, una entrevista con su adorador y vaya ella misma á buscarle?

La clave de todo esto ha quedado oscurecida; pero su explicación debe estar en el papel que entre los esposos desempeñaba la señora de Boos, en cuya compañía fueron á habitar. Quien había solicitado ir á casa de esa señora era Dionisia misma, aún cuando la relación era de su marido. Entre la señora de Boos y Dionisia existía una intimidad entrañable. Era aquélla la depositaria de las confidencias de ésta, y más que depositaria la protectora de sus amores. Acompañóla un día á ver á Precorbin y los dejó solos, mientras ella esperó en el museo de Cluny. Otro día dieron á du Bourg tres billetes para el teatro; pero Dionisia rogó á Mme. de Boos que hiciera por dejarla sola en casa, y que si la función terminase temprano entretuviera á su marido. Así lo hizo madame de Boos, yéndose con du Bourg al teatro y volviendo tarde. Pero el papel que desempeñaba madame de Boos debía llegar todavía más allá. El matrimonio reñía desde la mañana á la noche; Dionisia

sacó un día un revolver contra su marido; le llenaba de denuestos, y hasta le consideraba incapaz de tener queridas por habieca; así es que no dormían juntos. Siendo la habitación reducida, du Bourg tenía cama aparte en un cuartó, y Dionisia se acostaba en otro lecho con Mme. de Boos. Pero Dionisia estaba, al parecer, embarazada, y á pesar de la repugnancia que le inspiraba su esposo, debía comprender la necesidad de estar en relaciones con él para no verse algún día comprometida. Una noche, tanto pudo con el esposo Mme. de Boos, que logró hacerle entrar en la cama entre las dos, retirándose ella después para dejar á los esposos juntos. Por aquellos días fué cuando haciendo la mujer al marido indicaciones de un posible embarazo, le contestó él que no podría ser por obra suya, según resulta de la declaración misma de Dionisia, prestada antes de morir, lo cual demuestra que las relaciones adúlteras debieron existir antes ya del día en que figura Precorbin por primera vez en el baile dado en casa del doctor Davet.

Lo que aconteció en el mes de Abril fué que el marido comenzó á precisar concretamente los hechos. Lo que antes no era más que sospecha se convirtió en realidad ante las denuncias de Mme. de Boos, que después de haber sido la confidenta de Dionisia, fué quizá la consejera del marido.

Empeñóse Dionisia en separarse convencional-

mente del marido yendo á vivir sola en una fonda. Arturo cedió; un amigo buscó el cuarto, y allí fué á instalarse la esposa, acompañada de su marido, de Mme. de Boos y de otra persona. La fonda elegida estaba junto á la estacion de San Lázaro, es decir, precisamente al extremo de París opuesto á aquel en que tenía su oficina Precorbin, como si se tratara de alejar sospechas, aunque en París lo que está léjos al parecer suele estar más cerca y ser más cómodo por la facilidad de las comunicaciones y por lo que éstas se prestan al disimulo.

Esto ocurría el 8 de Abril, y desde entónces venía Dionisia todas las tardes á comer con su marido en casa de Mme. de Boos.

El dia 21, du Bourg se marchó temprano con pretexto de ir á cazar á Nogent, llevándose para mayor disimulo la maleta; pero en vez de marcharse se constituyó en centinela en un café de la calle de Amsterdam, frente al hotel de Inglaterra, domicilio de Dionisia. Sin embargo, el amante de su mujer no pareció. Sin duda habian presumido que el marido estaria en acecho y habian sido prudentes.

Al dia siguiente, 22, vuelve el marido á su puesto de observacion. El amante tampoco viene á la fonda; pero Dionisia sale á la calle, el marido la hace seguir, la ven entrar en la calle de las Escuelas, número 14, y Arturo Leroy Dubourg se dirige allí.

¿Qué pasaba en la calle de las Escuelas, núm. 14?

Allí en el piso último habitaba Mr. Dutertre, amigo de Precorbin y compañero de oficina, á quien facilitaba la llave de su cuarto para sus adúlteras hazañas.

Pregunta el Sr. du Bourg al portero si ha visto subir á un jóven acompañado de una mujer. El portero no lo ha advertido. El marido sube, llama, no e contestan, y quiere echar la puerta abajo; pero el portero, que le ha seguido, se lo impide. Entónces du Bourg pide á Dionisia que abra porque le trae noticias de su hijo. La desgraciada adúltera lo hace sin cuidar siquiera de vestirse, y se presenta en camisa á la vista de su marido. El galan se ha escapado por los tejados; el lecho está allí recordando las recientes caricias de los culpables, con todo el colorido que á este cuadro da la desnudez misma de la esposa, esa desnudez recatada para el esposo y tan prodigada al amante; esa desnudez que para mayor desventura de Dionisia aparece ante los ojos de du Bourg duplicada por la luna de un armario que la refleja, como si el espíritu del mal la quisiera hacer ver por todos lados; y aquel hombre, considerado como bondadoso y paciente; aquel hombre, á quien la mujer ha abierto, fiada quizá en su acostumbrada bondad y mansedumbre, se torna una fiera indómita; y fuera de sí, y arrebatado por una demencia súbita comienza á herir, primero con el estoque, que se le tuerce, y despues con un puñal, y sigue hiriendo,

hiriendo hasta el cansancio, desoyendo los gritos de su mujer que pide gracia y confesion.

El portero, despavorido, en vez de prestar auxilio á Dionisia, se escapa; el marido sale, cierra la puerta, se lleva la llave, se dirige á la iglesia de San Nicolás, y entrega esta llave á un cura diciéndole que habia una mujer agonizando en la calle de las Escuelas, núm. 14; despues fué á avisar al médico Davet, á Mme. de Boos, y por último á su cuñado el marino Dupetit-Thouars, yendo en seguida á constituirse preso.

En su entrevista con Dupetit-Thouars, le dijo bruscamente:

—Acabo de matarla; hace tiempo que abrigaba sospechas. Me han dicho que estaba en la calle de las Escuelas, núm. 14; he entrado en el cuarto, no he encontrado al miserable, y entónces he herido á mi mujer; tenía un revolver, se me ha caido de las manos, y la he herido con puñal-navaja. ¡Desgraciada! Creo que la he mutilado horriblemente.

—Pero entónces,—contestó el marino,—no habrá muerto. Serenaos.

El cuñado acudió al sitio de la catástrofe. Allí le habian precedido un bombero, que restañaba la sangre con el dedo aplicado á la herida principal, el cura que confesó á la víctima y el médico Davet. Dionisia fué trasladada al hospital de la Piedad, donde espiró tres dias despues á la edad de 22 años.

Hé aquí la declaracion que prestó ante el juez instructor de la causa:

«Habia yo llegado al cuarto de Dutertre á las dos y media. Me habia desnudado, quedándome sólo con la camisa y una enagua. Habia dado cita á una persona con quien mantenía relaciones hacia dos ó tres semanas, y á quien no quiero nombrar.

»Estas citas se daban en el cuarto de Dutertre, su amigo. Hacia media hora ó tres cuartos que estaba con mi amante, y debo reconocer que ya habiamos tenido trato íntimo cuando mi marido llamó á la puerta. Hemos callado; pero entónces exclamó que mi hijo estaba muy enfermo, y abrí. Mi amante entre tanto abria la ventana y se escapaba por los tejados.

»Al pronto mi marido me habló, al parecer sereno, preguntando: ¿Dónde está ese miserable para arrojarme sobre él? Yo le dije: ¡No llameis á la policía, Arturo; eso haria mucho ruido y perderia mi reputacion!

»Entónces me dió un puñetazo. Pedí gracia, pero siguió hiriéndome. Me parecia que pegaba sólo con la mano; sin embargo, es posible que lo hiciera con un cuerpo duro, puesto que tengo el ojo ensangrentado; sacó el estoque. Ignoro si lo rompió ó me hirió con él ó con un puñal, porque no recuerdo lo que siguió. Yo habia caido y me pareció que me dormia durante un cuarto de hora. Cuando recobré

el sentido, corré á la ventana para pedir auxilio. Estaba bañada en sangre. Echaron la puerta abajo, pues él se habia llevado la llave para ir á buscar á un cura, segun me han dicho despues, porque yo no cesaba de exclamar: «¡Un cura! ¡Que no muera yo sin confesion!»

»Estoy convencida de que mi marido estaba persuadido de que me hallaba embarazada.

»Un mes ántes habia tenido relaciones con él, y le habia dicho que podria suceder que yo me hallase en cinta, y entónces me contestó que no era posible; pero que si efectivamente estuviese embarazada, no podia ser por obra suya.

»Desde nuestro casamiento teníamos sin cesar reyertas espantosas, no con ese motivo, sino por todo género de causas.

»Cuando vine á casa de Dutertre, creí que mi marido estaba en el campo.

—¿Podeis designar á vuestro amante?

—No quiero.

—¿No es Mr. Precorbin?

—Si lo sabeis, no tengo para qué nombrarlo. No quiero nombrarlo. Deseo excusar á mi marido. Al casarse conmigo me habia querido mucho, y esto le excusa.»

Entre tanto, Mr. Precorbin, despues de huir por una casa inmediata, se escapó de París, aunque luégo se presentó algunos dias despues ante los

tribunales. Mr. du Bourg habia interpuesto contra él querrela de adulterio; pero luégo la retiró perdonándole. Hé aquí algunas frases de una carta de du Bourg en que hablaba de esto:

«Pretenden que puedo dejarme llevar de un furor excesivo contra el caballero de los canalones. ¡Miserable! ¡Quitá allá! Si lo encontrase, lo más que haria sería escupirle; tal es el horror que mi inspira.

»¡Un hombre que se escapa abandonando á una desgraciada al furor ocasionado por él!.... Sólo él es la causa de su muerte.

»Le mando á decir que le perdono.

»Vacilo, porque no estoy muy seguro de mí mismo.

»¡He sido tan bueno y me veo recompensado con tantas ingratitudes!»

El perdon le habia sido pedido por la madre de Precorbin. Pocos dias despues de conseguido, esa misma madre, que habia sido protectora de las torpes galanterias de su hijo, insultaba á du Bourg en los papeles públicos.

Termino manifestando que la familia de Dionisia Mac-Leod perdonó á Arturo Leroy du Bourg, quien sin embargo fué condenado por el Tribunal á cinco años de reclusion. Del matrimonio quedaba un hijo, que se criaba desde su nacimiento en Normandía. Quizá hizo mal el esposo en no tenerlo al lado de la madre.

Tal fué la tragedia que volvió á poner sobre el tapete las cuestiones de matrimonio, adulterio y divorcio. ¿Por qué? ¿Son acaso todos los matrimonios lo mismo? ¿Son todas las mujeres de carácter tan vivo, tan impresionable, tan novelesco, tan irascible, tan atolondrado como Dionisia Mac-Leod? ¿Son todos los hombres tan apáticos, tan abandonados, tan complacientes como du Bourg, para dejarse llevar luégo de un arrebató que raya en la demencia? ¿Y áun entre matrimonios donde ocurren análogos sucesos, es la terminacion igualmente funesta? ¡Para una catástrofe que de vez en cuando ocurre, cuántas infidelidades se perdonan!

¿Y porque acaece ese suceso aislado, excepcional y raro, debido primero á la impremeditacion de los que se casaron y luégo á sus condiciones especiales de carácter, quereis ir á alterar la envidiable paz de mil matrimonios que, más acertados en su eleccion y más simpáticos, comparten los goces, alegrías y reveses de la vida con placer?

De una excepcion quereis hacer la regla. Para vosotros, ya todas las mujeres son como Dionisia, todos los hombres como du Bourg; y para aplicar un remedio póstumo al dramático matrimonio que hemos descrito, quereis que inmediatamente se pongan en cura todos los demás.

Discurriendo así, pronto dislocaríamos la sociedad. No habia más que prohibir todo género de con-

tratos porque dos personas se hubiesen estafado mutuamente; abrir la puerta á los ladrones para que lo que se les dejase llevar de buen grado no fuese reputado robo; construir las casas sin tejado porque una teja al caer hubiese herido á un niño; prohibir los periódicos porque dos periodistas se hubiesen atravesado en duelo; y en una palabra, cambiar y alterar todas las leyes sociales á cada paso, como consecuencia de las tragedias que ocurriesen y que siempre han ocurrido en el mundo.

¿Y despues de todo, qué remedios propinais? Puesto que os los ha inspirado el matrimonio de du Bourg con Dionisia, vamos á ver el efecto que hubieran producido, dado el carácter de ambos esposos, y admitiendo que se hubiesen hallado establecidas las leyes que proponeis.

Ya teneis, ilustre Dumas, el divorcio funcionando. Arturo y Dionisia se separan en Ginebra, se divorcian, son libres de hacerlo, áun sin trámites judiciales. Basta su propia voluntad. Arturo se va á la guerra, y entónces, durante su ausencia, la fantástica imaginacion de Dionisia se exalta con la belicosa idea de haber sido querida por uno que ya no es el vulgar cazador de conejos, sino el bizarro capitán de la guardia móvil; el entusiasmo se convierte luégo en cariño; con el cariño viene el temor de que aquel sér, ántes aborrecido y hoy adorado, sea alcanzado por las balas; y Dionisia, llena de pasion,

llama de nuevo al querido de sus entrañas: «Ven, ven, le dice, á estrecharnos en apretado abrazo;» y Arturo, que no desea otra cosa, corre á reunirse con Dionisia, es decir, se casa de nuevo con ella; pero esta vez será para matarla, aún cuando se divorcie de nuevo.

Vos, Sr. Emilio Girardin, ya habeis triunfado. Se halla establecido el matrimonio libre, con la madre como cabeza de familia; Dionisia tiene, además de sus doce mil duros, la viudedad que le constituye Arturo para casarse con ella, y esta vez el matrimonio está perfectamente hecho, porque precisamente quereis matrimonios de conveniencia y previamente concertados, segun los mismos ejemplos que presentais. Pero Dionisia, que no se ha casado con Precorbin porque éste no le podia constituir viudedad, y asimismo le aconsejais vos que lo haga, no deja por eso de quererle. Su marido le desagrada porque fuma mucho, porque es tonto y porque es feo, y ahora siendo ella la dueña con mucho más motivo. ¿Pensais, Sr. Girardin, que Dionisia, para engendrar hijos que lleven el apellido Mac-Leod en vez del de du Bourg, traerá á Precorbin á su propia casa y lo presentará á su marido? ¿Creeis que no existirán las correrías? ¿Os imaginais que no habrá el cuarto del amigo? ¿Os figurais que dadas la misma historia, las mismas condiciones, los mismos genios, du Bourg no matará á su mujer? No basta que la ley declare

libre á lo femenino de hacer cuanto se le antoje; es necesario que no haya pasiones, que no haya celos, que no haya cariños, que no haya odios, y que no se encuentren hombres y mujeres de ciertas circunstancias, así como la ley por castigar el asesinato no puede evitar que haya homicidas.

Direis que no podrá ocurrir eso, porque Dionisia libre, despues de tratar y de conocer á du Bourg, lo dejará para casarse con Precorbin. ¿Pero y si éste no puede constituir la viudedad indispensable para ello? ¡Oh! entónces se separará libremente de du Bourg y aguardará para casarse con Precorbin que éste se encuentre con medios! ¿Y entre tanto? Una de dos, ó volverá á llamar á du Bourg en cartas apasionadas, ó pasará ratos alegres con su amante en la calle de las Escuelas, echando prácticamente abajo todo vuestro bellissimo sistema de la más envidiable vida conyugal. Un remedio quizás encontrareis, que consistirá en que Dionisia dé á Precorbin sus propios doce mil duros para que con ellos constituya la viudedad, en cuyo caso volvemos en parte al sistema del dote, y queda falseada vuestra utopia. Y si en lugar de Dionisia que es rica, ocurre el suceso con otra Dionisia que sea pobre, pero que tenga las mismas inclinaciones que la escocesa, entónces, ¿cómo lo arreglais?

Vamos á otro caso práctico, no há mucho tiempo acaecido en vuestro país. Una campesina sospecha que su marido tiene relaciones con otra. No es ver-

dad, pero así lo cree ella irresistiblemente. Con eso no habiais contado, Sr. Girardin. Pues bien; una noche aprovecha aquella feroz mujer el momento en que, descansando el marido de las fatigas del día, se halla durmiendo en la cama entre sus hijos, porque aquel matrimonio tenía hijos, Sr. Girardin, y de un tremendo hachazo degüella al padre de sus criaturas. ¿Hizo caso esa mujer del Código penal? Pues bien; os declaro que aún existiendo el divorcio esa mujer hubiera matado á su marido, porque las hay que matan á sus amantes en medio de una libertad más completa aún que la de divorcio, puesto que no han llegado á casarse, y á veces precisamente porque no se casan. Os declaro también que con el sistema de matrimonio libre y de igualdad de los hijos ante la madre, la catástrofe hubiera sido aún más pronta, porque en un régimen donde todo se ha de tapar con el apellido materno, es decir, donde la esposa es más libre, ha de recelar cada mujer esa misma libertad de las demás; y por consiguiente, habiendo más facilidad de infidelidades, ha de engendrarse mayor frenesí en quien tenga la desgracia de dejarse arrastrar por la ciega pasión de los celos.

Y vaya otro suceso. En una de nuestras más importantes capitales de provincia sabe un marido que su mujer le es infiel. Creyendo sin embargo en su arrepentimiento la perdona, y después de haber estado mucho tiempo apartado del lecho conyugal,

vuelve á él confiado en las protestas de cariño de su mujer. Al día siguiente escribe ésta á un amante suyo, casado, que ya pueden volver á verse sin cuidado, porque su marido ha estado con ella. Esta horrible carta es interceptada por la esposa del adúltero y la remite en venganza al marido ofendido. Éste, con frialdad, con sangre fría, aparenta no saber nada, saca á su mujer á paseo en un coche, y á cierta distancia de la población la mata á pistolazos, huyendo después al extranjero, donde toma el hábito en un convento.

Aquí no hay sorpresa *infraganti* delito; aquí se arrostra el Código penal; aquí de nada sirve la ley; y decidme ahora, Sr. Dumas y Sr. Girardin, ¿para qué el divorcio si el amante es casado? ¿Para qué la libertad en el matrimonio si para casarse dos que se quieren adúlteramente es necesario que ocurra la disolución en dos matrimonios á un tiempo? ¿Irán á cambiar recíprocamente los maridos de mujeres? ¿Se apartarán la esposa infiel de su marido leal y el esposo adúltero de la mujer buena á la faz del mundo haciendo públicos los sucesos? Por más que pretendais, Sr. Girardin, que con vuestro sistema se borre la idea de adulterio; por más que logreis que algún día la humanidad considere ese delito como una invención social opuesta á la Naturaleza, hay una cosa que nunca os será posible desvanecer: la idea al menos de infidelidad y de deslealtad, ante la cual los

desleales é infieles procurarán serlo siempre ocultamente.

Debeis desengañaros. Es cuestion de condiciones humanas; es cuestion de genios, y por eso lo mismo para contraer amistades que para unirse á una mujer, sea en la forma que quiera, por matrimonio indisoluble ó soluble, no hay que buscar conveniencias materiales ni artificios artísticos, sino simpatías arraigadas y afectos engendrados por el trato ó por ese irresistible impulso que la despótica Naturaleza sabe imponer sin oposicion. Cuando esto no ocurra, ya podreis inventar todas las formas que querais; no lograreis evitar las catástrofes. Por consiguiente, las cuestiones que suscitais no pueden tener por motivo esos hechos sangrientos que de vez en cuando ocurren en el mundo, porque ocurrirán mientras la Naturaleza no modifique la condicion humana, y mientras no dé á todos los hombres y á todas las mujeres la benignidad necesaria para no enfadarse por nada, y mientras no les quite su sangre, sus nervios, su imaginacion, su alma toda.

Vamos, pues, ahora á tratar la cuestion como cuestion social, prescindiendo de si tal ó cual crimen, tal ó cual suceso hacen indispensable esta ó la otra solucion.

Escribis admirablemente. Os pareceis á aquel escritor que compuso un libro entero para demostrar la inconveniencia de las piernas, y lo hizo con tal

maestría, que falta poco para que los lectores concibian la idea de cortárselas inmediatamente. Pero la seduccion y el encanto de vuestro estilo son artificios de impresion pasajera, porque viene luégo la realidad práctica á desvanecer el primer triunfo que por sorpresa conseguís.

Empecemos por vos, señor Alejandro Dumas.

Todo vuestro empeño consiste en demostrar que la mujer es inferior al hombre; todos vuestros esfuerzos se encaminan á querernos persuadir de que existe un triángulo: Dios, el hombre y la mujer, en el cual el hombre comunica con Dios y la mujer con el hombre.

Presentais una historia de la creacion del mundo segun la Biblia, y llegais hasta el nacimiento de Jesucristo, todo para probar con sutiles interpretaciones que la mujer ha sido siempre alejada de los consejos de Dios; pero vuestra imaginacion os ha ocultado una cosa, y es que si con el talento que poseeis os hubieseis empeñado en demostrar lo contrario, apelando á los mismos medios, á las mismas citas y á la misma historia, fácil, muy fácil os hubiera sido hacerlo.

Por ejemplo, un triángulo tiene tres lados y tres ángulos. ¿Quereis que Dios sea uno de los lados? Los otros dos tendrán precisamente que estar en contacto con él y entre sí; por consiguiente, estarán en idéntica relacion con la Divinidad.

Decís que el Todopoderoso hizo de su soplo divino al varón, pero que á la hembra la formó con un pedazo de hombre, como demostrando su dependencia de éste. No faltará mujer que os diga: «Amigo mío, no lo entendeis; Dios hizo al hombre de barro y á la mujer de carne; luego ésta es superior, porque es el producto de una progresion y de un perfeccionamiento en la creacion: la Divinidad tuvo que hacer primero del barro carne, y luego de la carne mujer. Y por eso el hombre es tosco y de formas agrestes, rudas y fieras, sobre todo cuando se deja crecer la barba; al paso que la mujer es fina, espiritual, vaporosa; en fin, un sér intermediario entre la materia bruta y el éter celeste.» Esto os podría decir cualquiera mujer, y ya veis como vuestra historia sagrada y vuestro triángulo sirven lo mismo para lo uno que para lo otro; y si os quedaseis perplejo, no faltaria tampoco hembra que añadiese: «Y cuidado, Sr. Dumas, que lo dudeis, porque sabré demostraros mi superioridad á estilo de Omfala sometiendo al hombre más fuerte de la tierra; ó bien os presentaré á Anibal detenido á las puertas de Roma por los halagos mujeriles; ó si quereis mejor que hagamos una excursion por la Biblia, os cortaré ese pelo fosco que teneis para recordaros lo que supo hacer con Sanson una antecesora mia.»

Aún podría decir más una mujer; pero lo indicaré callandito, porque si no somos discretos, las

hembras nos van á dejar atónitos acudiendo á la historia profana, así como vos habeis echado mano de la sagrada; y al lado de esos emperadores romanos viciosos, embrutecidos, crueles, abyectos y gastrónomos, ó de esos bárbaros sátrapas de Persia, ó de esos reyes de época más reciente, hipócritas, supersticiosos, tontos y hasta cobardes algunos de ellos, levantarán la figura de Semíramis, y de Cleopatra, y de Catalina de Rusia, y de Cristina de Suecia, y de Isabel la Católica, que escuchó á Colon despues que todos los reyes varones de su época se rieron de él.

Y como sois francés, Sr. Dumas, bueno sería que tambien hubiese alguna francesa que os recordase cierto período de vuestra historia, en que entre todos los varones de Francia no juntabais más que un rey memo, generales que volvian la espalda á los ingleses y soldados que no tenian bastantes piernas para escapar, reinando el aturdimiento, el espanto y el desconcierto en todo el país, hasta que una mujer, Juana de Arco, llevandos al combate, levantó vuestro espíritu desde la decadencia más abyecta hasta el heroísmo más sublime. Sin aquella mujer, la Francia sería hoy inglesa.

Y tambien os diria alguna otra en medio de su resentimiento por la manera con que las tratais: «Sr. Dumas, si tan inferiores somos al hombre, si tan poco valemos, ¿por qué nos teneis tanto miedo?»